



Manuel Ramos Medina

“Juan Benito Díaz de Gamarra y sor María Josefa Lino de la Santísima Trinidad: entre lo científico y lo sobrenatural”

p. 97-108

Una mujer, un legado, una historia. Homenaje a Josefina Muriel

Amaya Garritz (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

238 p.

Figuras

ISBN 968-36-8273-1 (empastado)

ISBN 968-36-7742-8 (rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/376/muriel_legado.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

JUAN BENITO DÍAZ DE GAMARRA Y SOR MARÍA JOSEFA LINO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD: ENTRE LO CIENTÍFICO Y LO SOBRENATURAL

MANUEL RAMOS MEDINA

Centro de Estudios de Historia de México Conдумex

I

En 1831 se publicaba en la Ciudad de México una de las obras más interesantes del padre Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, presbítero secular de la Congregación del Oratorio. Se trata de un biografía acerca de la vida de la religiosa María Josefa Lino de la Santísima Trinidad, *Ejemplar de religiosas, vida de la muy reverenda madre sor María Josefa Lino de la Santísima Trinidad*,¹ un impreso verdaderamente raro, de difícil consulta. La obra fue redactada en el siglo XVIII; sin embargo, no había sido publicada, a pesar de su importancia y la del escritor.

Juan Benito Díaz de Gamarra dio muestras durante su vida de ser uno de los intelectuales más importantes en la Nueva España, y se ocupó tanto de problemas filosóficos como del seguimiento y preparación de los alumnos mexicanos.

El autor de la biografía de sor Josefa nació el 21 de marzo en Zamora,² obispado de Michoacán en 1745. Hijo de Ana Dávalos Martínez de Aldana, criolla, y el vasco Diego Díaz de Gamarra, dedicado al comercio. Cursó sus primeros estudios en la propia ciudad que lo vio nacer y posteriormente pasó al Colegio de San Pedro y San Pablo de la Ciudad de México donde se instruyó en gramática y retórica. Sus padres, así como su padrino Juan Ángel Díaz de Gamarra, apoyaron a Juan Benito para que fuera internado en el Colegio de San

¹ Publicado en México, Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, 1831.

² Juan Benito Díaz de Gamarra ha sido estudiado por diversos autores. No obstante, el original y novedoso estudio de Carlos Herrejón ha servido de base para este acercamiento al personaje. Carlos Herrejón Peredo, "Formación del zamorano Gamarra", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, México, El Colegio de Michoacán, verano de 1992, p. 135-166.

Ildefonso donde se completaría su formación intelectual y conviviría con los alumnos de ese célebre colegio jesuítico criollo. Allí pasó casi diez años. Al concluir sus estudios de filosofía presentó examen en la Real y Pontificia Universidad y obtuvo el bachillerato. De 1760 a 1764 cursó estudios en la Universidad y concluyó en 1764 con el grado de bachiller en cánones. Todo este tiempo se hospedó en el Colegio de San Ildefonso: “De los jesuitas bebió la espiritualidad ignaciana, particularmente a través de retiros y ejercicios espirituales”.³ Entre algunos de sus maestros destacó José Pereda, filipense, con quien tuvo los primeros acercamientos al Oratorio de San Felipe.

El 15 de noviembre de 1764 solicitó su ingreso a la Congregación del Oratorio, en San Miguel el Grande, donde fue aceptado en calidad de hermano. Completó su formación con los estudios de teología, al mismo tiempo que impartía las cátedras de Gramática y Filosofía.⁴ Fue enviado por la Congregación a España e Italia, vía Cuba, entre 1767 y 1768, donde estudió las propuestas más recientes de filosofía. Logró el título de doctor en Derecho Canónico en la Universidad de Pisa. A su regreso a la Nueva España fue ordenado sacerdote por el obispo de Valladolid, Pedro Anselmo Sánchez de Tagle, el 15 de julio de 1770.

Juan Benito fue destinado como catedrático al Colegio de San Francisco de Sales. En 1774 publicó su *Elementa recentioris philosophiae*, en donde criticaba el predominio del pensamiento aristotélico en las escuelas novohispanas y presentaba el primer recuento de la filosofía moderna impreso en México.

Gamarra fue sumamente conocido por su posición intelectual. El obispo de Michoacán envió una carta al Oratorio elogiándolo por su curso filosófico y lo saludaba como “el primer americano que los ha hecho [a los alumnos] sudar con esta especie de escritos”.⁵

Entre las obras que escribió Díaz de Gamarra anotamos también *Academias filosóficas* (1774), *Errores del entendimiento humano* (1781, con el seudónimo de Juan Bendiaga), *Academias y geometría* (1782) y la vida de la religiosa que ahora presentamos.

Afirma David Brading que Juan Benito Díaz de Gamarra dio testimonio del carácter del catolicismo mexicano del siglo XVIII. Su compromiso con el ministerio sacerdotal está probado por su actividad

³ *Ibidem*, p. 142.

⁴ *Ibidem*, p. 145.

⁵ David Brading, *Espiritualidad barroca, política eclesiástica y renovación filosófica: Juan Benito Díaz de Gamarra (1745-1783)*, México, Centro de Estudios de Historia de México Conumex, 1993, p. 24-25.

cotidiana pastoral así como el desarrollo intelectual, a través de sus libros y clases.

II

El domingo 23 de septiembre de 1736, festividad de san Lino, nació María Josefa en la villa de San Miguel, obispado de Michoacán. Hija de don Manuel Tomás de la Canal Bueno de Baeza, criollo, caballero de la Orden de Calatrava, y de doña María de Herbas y Flores, oriunda de Santa Fe, Real de Minas de Guanajuato.⁶ Don Manuel se había distinguido por su riqueza, nobleza y generosidad. Entre otras obras fue el acaudalado patrocinador de la capilla de Nuestra Señora de Loreto y del Oratorio de San Felipe Neri en San Miguel.

La futura monja fue bautizada en la parroquia de la villa de San Miguel por el padre fray Pedro Navarrete, comisario general de los religiosos franciscanos. Sus padrinos fueron su abuelo materno, don Juan de Herbas, y su tía doña Francisca de la Canal, marquesa del Valle de la Colona.⁷

La vida de María Josefa fue conocida en su época no sólo por su fama de santa y por haber sido fundadora de un convento, sino porque además contó con varios biógrafos. El más renombrado fue el padre Luis Felipe Neri de Alfaro, oratoriano, fundador del santuario de Atotonilco, una de las más originales y memorables obras del barroco mexicano.⁸ El padre Alfaro conocía bien a María Josefa porque había sido su confesor desde que ella contaba con 6 años de edad. Además tuvo un seguimiento muy cercano como padre espiritual en el convento de la Concepción de la villa de San Miguel, hasta diez años después de profesar.⁹ La obra del padre Alfaro fue leída detenidamente por Juan Benito Díaz de Gamarra, quien lo cita constantemente en la biografía que éste preparó de la monja.

María Josefa frecuentaba cada semana el ejercicio de muerte, siguiendo las enseñanzas de la venerable madre María de Jesús Ágre-

⁶ Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, *Ejemplar de religiosas. Vida de la muy reverenda madre sor María Josefa Lino de la Santísima Trinidad, fundadora del convento de la Purísima Concepción, en la ciudad de San Miguel de Allende, obispado de Michoacán*, México, Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, 1831.

⁷ *Ibidem*, p. 5.

⁸ David Brading, *op. cit.*

⁹ Juan Benito Díaz de Gamarra, *op. cit.*, p. 7.

da¹⁰ (1602-1665). Esta religiosa española se había distinguido por copiosa relación epistolar con el rey Felipe IV, y por la cantidad escritos que dejó, los cuales se publicaron la mayor parte. Quizá el más conocido fue *La mística ciudad de Dios* o *Historia de la reina de los Ángeles*.¹¹ La obra de sor María de Ágreda se difundió extensamente por el imperio español. De esta manera llegó a la Nueva España y constituyó un ejemplo para las religiosas mexicanas. En cantidad de bibliotecas en las crónicas conventuales vemos citada la obra.

Sabemos por sus biógrafos que María Josefa Lino desde muy joven se preocupaba por su entorno. Se daba cuenta de las carencias económicas en su villa y pedía a sus padres enaguas de bayeta, mantas y rebozos para dar a las mujeres pobres que se acercaban al hogar. Además del dinero que le daban sus padres lo enviaba a la cárcel de la ciudad para remediar las necesidades de algunos presos.

Josefa fue muy devota de la virgen de Loreto, a quien fue encomendada desde niña. Por eso entendemos que asistiera frecuentemente como recamarera de la señora Lauretana a quien visitaba todos los días en la santa casa.¹² Además al ser su padre el impulsor de la erección de la capilla, entendemos su gran devoción a esta representación de María.

El padre Alfaro pretendía que Josefa Lino fuera la fundadora de una nueva casa de vírgenes en San Miguel. Sabía que a la muerte de sus padres, acaecida en 1749, había heredado una gran fortuna, la cual podría destinar a la fundación de un convento de monjas, inexistente hasta ese momento en San Miguel. Según Benito Díaz de Gamarra, aunque convencida María Josefa de la necesidad de una fundación para mujeres deseosas de entregar su vida a Dios, se resistía a llevar a cabo la obra por un sentimiento de humildad. El padre Alfaro entonces vio la posibilidad de acomodarla en algún otro monasterio virreinato de la Nueva España. No obstante, en esos momentos no fue posible llevar a cabo esta idea porque todos los conventos estaban repletos. Al menos, ésta era la explicación de su biógrafo. Entonces, dice el texto:

¹⁰ *Ibidem*, p. 9.

¹¹ Otras obras importantes de sor María de Jesús Ágreda son *Leyes de esposas, Concepciones y suspiros del corazón para alcanzar el último y verdadero fin del agrado del Esposo y Señor y Ejercicios cotidianos y doctrina para hacer las obras con mayor perfección*. Ver sor María de Jesús Ágreda, *Compendio con Felipe IV. Religión y razón de Estado*, introducción de Consolación Baranda, Mar Edit. Castalia, Instituto de la Mujer, 1990.

¹² Juan Benito Díaz de Gamarra, *op. cit.*, p. 10.

llevóla el virtuoso Alfaro al santuario de Jesús Nazareno de Atotonilco, dos leguas y media distante de la villa de San Miguel, acompañada de una señorita virtuosa y recogida, a cuyo cuidado estaba encargada, y ambas tuvieron allí ocho días de ejercicios, con el fin de conocer la voluntad de Dios sobre esta vocación tan importante; el último día de los ejercicios se resolvió en el camarín de Jesús Nazareno que María Josefa fuese fundadora en su patria de un convento de la Concepción, siguiendo el estilo y método del de la villa de Agreda.¹³

Recordemos que el padre Alfaro fue el creador del santuario de Atotonilco “de quien fue patrón y fundador, donde tantas almas recibieron el consuelo espiritual y el del cuerpo: donde floreció este varón incomparable, edificando a todos con sus ejemplos y virtudes; y donde por último formó María Josefa una resolución tan heroica”.¹⁴

Los padres de María Josefa murieron en 1749 en su hacienda de Alcocer: el día 11 de abril doña María y el 15 del mismo don Manuel Tomás de la Canal. Los hijos huérfanos quedaron a cargo de don Francisco José de Landeta, conde de la Casa de Loja, caballero que a la opinión de todos fue un verdadero padre.

El padre Alfaro habló con el conde de la Casa de Loja para solicitarle a María Josefa como fundadora de la nueva casa. Escribieron entonces al ilustrísimo señor Martín de Elizacochea (1745-1756), obispo de Michoacán, quien solicitó que la doncella fuera llevada a Valladolid para que fuera examinada y así comprobar su vocación. El padre Alfaro fue su conductor.

La primera visita que hizo María Josefa al prelado fue en 3 de octubre de 1752, cita a la que por cierto se dice tuvo que ir elegantemente vestida y hasta alhajada,¹⁵ lo que rechazaba regularmente. Después de varias entrevistas del prelado con María Josefa y con el padre Alfaro quedó resuelta la fundación. Se dieron los informes necesarios a la Audiencia de México con fecha 4 de marzo de 1752.

Como toda fundación debía pasar por la venia del Ayuntamiento de San Miguel, de todos los prelados eclesiásticos que en ella residían, de la Real Audiencia de México y del virrey de la Nueva España, todos constataron positivamente acerca de la necesidad de esta fundación.

María Josefa se dirigió directamente ante el rey Fernando VI y solicitó la fundación del convento de religiosas bajo la advocación de la

¹³ *Ibidem*, p. 13.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ *Ibidem*, p. 15.

Purísima Concepción de Nuestra Señora y de la real protección, amparo y patronato, y que se le otorgase el título de Convento Real con los fueros, privilegios y prerrogativas que, como a tal, pudiesen concedérsele. El rey Felipe VI contestó por cédula real del Buen Retiro el 21 de septiembre de 1754 aprobando la donación de 50 000 pesos que había hecho María Josefa para beneficio de la fundación y reconociéndolo como Real Convento.¹⁶ En San Miguel el Grande, fue fundamental el apoyo de don Francisco José de Landeta, conde de Casa de Loja, regidor decano y alférez real del cabildo, quien se dirigió al virrey para solicitar el permiso para que religiosas fundadoras se trasladaran desde la Ciudad de México.¹⁷

El arzobispo designó el traslado de cuatro religiosas del convento de Regina Coeli de la Ciudad de México de la orden de la Concepción. Con el cargo de vicaria abadesa vino la madre sor María Antonia del Santísimo Sacramento; en su compañía, María, vicaria y tornera; Ana del Santísimo Sacramento, vicaria de coro y maestra de novicias; Ana Gertrudis de San Rafael, sacristana, y Felipa de San Antonio. Vino también en la comitiva una postulante, doña María de Elízaga.¹⁸

Las religiosas fundadoras salieron de la Ciudad de México el 7 de enero de 1756 en medio de grandes festejos. Después de pasar por la basílica de Guadalupe emprendieron el viaje durante una semana antes de llegar a San Miguel. En el trayecto pasaron por algunas poblaciones que recibían a las monjas con aplausos y regalos “sin que en lo más mínimo faltase el especial cuidado de los nobles centinelas a cuyo encargo venían encomendadas las esposas de Jesucristo”. El primero de febrero llegaron a su casa las religiosas fundadoras.

María Josefa de la Canal tomó el hábito en la casa Lauretana, de manos del ilustrísimo señor doctor Martín de Elizacochea el mismo día que llegaron las religiosas de México. La comunidad tuvo que permanecer en una casa que se dispuso especialmente para el inicio de la vida conventual y el 23 de diciembre de 1756, en devota y solemne procesión se trasladaron al nuevo real convento. Para el ingreso, se preparó toda una ceremonia que conmovió a la villa. La procesión partió de la iglesia parroquial, a través de las calles cubiertas con ra-

¹⁶ *Ibidem*, p. 17, y Concepción Amerlinck y Manuel Ramos Medina, *Conventos de monjas. Fundaciones en el México virreinal*, México, Grupo Condumex, 1995, p. 225-230.

¹⁷ Antonio Ramos de Castilla, *Relación de las fiestas celebradas en la villa de San Miguel el Grande en febrero de 1756 con motivo de la fundación del Real Convento de la Inmaculada Concepción*, San Miguel de Allende, Guanajuato, 1955, p. 6.

¹⁸ *Ibidem*.

mas y adornadas con alfombras y cortinajes a cuyo paso seguían varios coros con sus músicos. Desfilaron también doce hermandades con sus estandartes. La Tercera Orden de San Francisco con una cruz, una imagen de san José con las llaves de la nueva iglesia y una imagen de san Antonio de Padua. La procesión era seguida por los oratorianos y su imagen de san Felipe Neri, los franciscanos y los dominicos con las imágenes de sus fundadores. Al final de la procesión iba la estatua de la Purísima Concepción, la imagen del *Ecce Homo* de la iglesia parroquial, y al final doce eclesiásticos con velas y las religiosas concepcionistas fundadoras vestidas de blanco. La custodia iba bajo palio. Al llegar la procesión al nuevo monasterio, el cura local quitó la cerradura de la puerta de la iglesia y las imágenes fueron colocadas en el altar, para permanecer allí durante tres días.¹⁹

María Josefa tomó el nombre de profesión de sor María Josefa Lino de la Santísima Trinidad, es decir, su nombre de pila y el santo protector del día de su nacimiento. La fundadora pidió expresamente que las reglas fueran severas, que se guardara la vida común, que comieran todas las religiosas en el refectorio y que no hubiera criadas ni mozas de servicio.

El biógrafo Benito Díaz de Gamarra afirma que la abadesa del nuevo convento quiso probar a la fundadora y le dijo: “no pienses que porque eres rica y fundadora del convento te hemos de menester para algo; si quieres irte a tu casa que se abreve; la fundación ya está hecha y no se dejará porque te vayas. Y así, no creas que eres aquí necesaria para nada”.

Hizo su profesión solemne el 2 de febrero de 1757. “Que desde el día de su solemne profesión murió al mundo y a sí misma sepultándose con su divino Esposo para no vivir otra vida que la de los que, resucitados con Cristo, no buscan sino las cosas celestiales, no gustan sino de los bienes eternos, olvidados enteramente de los caducos y deleitables de este mundo loco y engañoso.”²⁰

Sor Josefa ocupó los cargos de sacristana mayor, definidora y vicaria de coro; además fue maestra de novicias. Esta responsabilidad la agobió sobremanera por la formación de las futuras monjas y se dice que constantemente descargaba su responsabilidad afirmando: “El Señor es mi luz y mi salud, ¿a quién pues tengo yo que temer? El Señor protege mi vida, ¿pues qué cosa podrá espantarme?” Se desempeñó también como vicaria de casa desde el 19 de abril de 1766 y permaneció en este

¹⁹ David Brading, *op. cit.*, p. 20-21.

²⁰ Juan Benito Díaz de Gamarra, *op. cit.*, p. 25.

cargo hasta su muerte. Respecto de su penitencia, los textos hacen mención especial de los castigos de cuerpo:

Sin embargo de ser de una complexión delicada y enfermiza se disciplinaba muchas veces hasta derramar sangre. Se horroriza la vista sólo de mirar los crueles instrumentos con que castigaba su cuerpo, reduciéndolo a servidumbre. Cilicios, plantillas de hierro, petos sembrados de agudas, disciplinas de garfios, todo esto ponía en uso para domar su carne y sujetarla al espíritu [...] Los viernes, haciendo un doloroso recuerdo de aquellas tres horas en que estuvo pendiente en la cruz el Varón de los dolores, nuestro amabilísimo Redentor, postrada en tierra, extendía ambas manos, cargándolas sobre dos clavos, permaneciendo en esta mortificación por mucho tiempo.²¹

Se afirma que trataba de ver lo menos posible a la gente de fuera del convento, porque traía siempre los párpados bajos. Tanto se acostumbró a esta postura que después le fue difícil levantarlos.

La disciplina de sor Josefa en el comer era reflejo de su vida de humildad. Se afirma que desde chica gustaba mucho de beber el chocolate bien caliente. Por romper con esta costumbre desde que ingresó al convento decidió beber el chocolate frío y no gustar de la bebida espumosa y caliente, como la bebían las demás religiosas.

Fue escritora. Sabemos que dejó apuntes acerca del *Ejercicio de muerte* “que nos dejó escrito de su puño”, pero seguramente son testimonios que hasta la fecha se resguardan en los archivos conventuales. Estos apuntes fueron basados en el que hizo sor María Ágreda. Es probable que estos testimonios se encuentren en los archivos conventuales.

Padecía continuamente de un malestar en uno de sus ojos y era tan invencible su paciencia que sufría el gravísimo tormento de que se le juntasen allí las moscas, sin levantar las manos ni hacer otro movimiento para espantarlas. Además “solía llenársele el rostro de unos inmundos y porfiados animalillos; pero aquella animada estatua del sufrimiento perseveraba inmovible, tolerando tan grave mortificación”.²² Seguramente era el mal de sinusitis.

Padeció terriblemente de dolores de muelas y no permitía que los doctores se acercaran para curarla. “Muchas veces se apoderaba de todo su cuerpo una frialdad tan excesiva que no podía entrar en calor, dejando burladas todas las más prontas y proporcionadas diligencias,

²¹ *Ibidem*, p. 57.

²² *Ibidem*, p. 66.

sintiendo al mismo tiempo un dolor extremo en los huesos que la debilitaba demasiado.”

La cabeza de sor Josefa estaba atormentada continuamente con violentos y agudísimos dolores que ella sufría sin permitir a sus labios quejarse hasta que, algún tiempo antes de su última enfermedad, comenzó a despedir por la narices algunos gusanos; éstos fueron en tanta copia en los tres días antes de su muerte que pasaron de ciento.

Su pobreza fue también otra de las virtudes que sus biógrafos destacaran. Como fundadora daba muestras de mayor entrega a este voto y así “no tenía celda propia sino que quiso vivir en comunidad, y tenía por cama un petate. Que así murió en esta incomodidad y en el dormitorio común”.

Fue siempre muy devota de la virgen de Loreto, y de ella conservaba una imagen que fue todo su consuelo en las aflicciones de su espíritu.

Cayó por último en la cama gravemente enferma y tolerando “el tormento de los gusanos que en gran copia salían por las narices, rebo-sando su espíritu de un gozo y júbilo que la hacían dulces todas las penas”. Murió el jueves 9 de agosto de 1770, a las tres y media de la tarde, a los 33 años, 8 meses y dos días de su edad; y 14 años, 6 meses y 8 días de religión.

El pueblo se congregó fuera del convento solicitando acompañarla en sus últimos momentos antes del entierro. La gente decía: “Por dónde veremos a la santita; déjennos ver a la santa.”²³ Todos clamaban porque se les diese algún trozo de su ropa, a lo que la gente le daba el título de reliquias. La comunidad decidió dividir en menudos pedazos las pobres alhajillas de la religión difunta, para contentar en algún modo el afecto de tantas personas.

El viernes 10 de agosto de 1770 fue el entierro, “con toda la pompa y magnificencia posibles, el licenciado don Juan Manuel Villegas, cura y juez eclesiástico y vicario del Real Convento asistió con el muy ilustre cabildo, el venerable clero y sagradas comunidades a solemnizar estos últimos honores”.

A la sazón era su hermano el regidor decano y alférez real de la villa de San Miguel el Grande, don José Mariano Loreto de la Canal, quien solicitó que se hicieran las exequias más ricas que nunca había tenido la villa de San Miguel.

²³ *Ibidem*, p. 96.

III

¿Qué relación existe entre el escritor Díaz de Gamarra y sor María Josefa Lino de la Santísima Trinidad? Es indudable que ambos se conocieron. Fueron contemporáneos y vivieron en la misma ciudad durante varios años. La fama de santa de que gozaba sor Josefa fue transmitida a Benito Díaz de Gamarra por el padre Luis Felipe Neri de Alfaro quien, como vimos, la había encaminado a la vida religiosa. Fue así como la llevó al santuario de Atotonilco durante una semana para que hiciera los ejercicios espirituales y decidiera su vocación. Sabemos que el padre Alfaro dejó escrita una biografía de sor María Josefa: “todo se ha sacado de los apuntes que dejó escritos aquel sacerdote fiel y según el corazón de Dios”.²⁴ Desgraciadamente no he podido localizar la biografía, la que al parecer está inédita. De todas formas sirvió de base para la obra de Díaz de Gamarra.

Díaz de Gamarra preocupado por escribir obras típicamente ilustradas decidió dedicar parte de su tiempo al rescate de una biografía que más pudiera ser del siglo anterior. Como afirmó la doctora Muriel, el desarrollo de la literatura mística novohispana que se inicia a finales del XVI alcanza su apogeo en la segunda mitad del XVII y lo sostiene hasta la primera mitad del XVIII. Pero en la segunda mitad de ese mismo siglo decae notablemente y empieza a pasar a segundo plano aunque subsistía, según lo demuestra Benito Díaz de Gamarra en su biografía de sor María Josefa Lino de la Canal.²⁵

Algo también característico de esta biografía es la poca atención que le dedica Díaz de Gamarra a los hechos prodigiosos, tan gustados por los escritos barrocos; ése es un elemento más de su actitud ilustrada.

Por otro lado, según se refleja de la producción de Díaz de Gamarra, su sentimiento procriollo fue fundamental en su obra. Si mostró los baluartes de la filosofía en México, cómo no anotar la vida de una criolla excepcional. La villa de San Miguel se caracterizaba por ser una ciudad eminentemente criolla, riquísimas familias sostenían y engrandecían las industrias y construyeron edificios y templos en San Miguel. Sus fábricas, sus tenerías, sus haciendas, sus ganados y el enorme

²⁴ *Ibidem*, Prólogo.

²⁵ Josefina Muriel, *Cultura femenina novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994 (Serie Historia Novohispana, 30), p. 318.

desarrollo comercial, hicieron de la villa una de las poblaciones más importantes de la Nueva España dieciochesca.²⁶

Y así vemos que las tradiciones del Antiguo Régimen conviven con la moda del siglo XVIII. Era imposible que concluyeran rápidamente las costumbres anteriores. Incluso el propio Benito Díaz de Gamarra, en el texto sobre la religiosa, hace anotaciones curiosas sobre la enfermedad de sor Josefa, sobre los gusanos que llenaron su rostro: “estos gusanos eran de un pólipo de largo y dos líneas de grueso, de un color oscuro, con pies y lleno todo el cuerpo de pelos”. Se extrañó de que

una persona curiosa y amante de observar los maravillosos fenómenos que a cada paso nos presenta la naturaleza, aun en los más viles y despreciables insectos, llevó a su casa algunos de éstos y observó que pasando por el estado medio de “ninfas o crisálidas” se transformaron en “mariposas, siguiendo en todo el método regular observado por los naturalistas en las admirables metamorfosis.”²⁷

Después Díaz de Gamarra informa al lector de una amplia bibliografía sobre los insectos, particularmente de las familias de gusanos u orugas: la obra de Goedart, *Historia general de insetes [sic]* el *Dictionnaire d'histoire naturelle*, tomo 2, art. Chenille, París, 1769.

Finalmente concluye que “no es propio de este lugar o de nuestro asunto inquirir si algunas de las enfermedades de sor María Josefa provenían de estos gusanos o determinar el modo con que ellos se introdujeron en su cuerpo”. Y más adelante informa que “mucho se podría decir sobre ambas cosas, con la autoridad de los más célebres naturalistas y médicos como los señores Raumur, Villisnierí, Borelli, Lester, Loynet, el doctor inglés Tison y otros, pero se deja a la curiosidad de los que se emplean tan útilmente en observar la naturaleza y sus admirables fenómenos”.²⁸

En fin, llama la atención la curiosidad de Gamarra por la santidad, pero también por los fenómenos naturales. Admira sobremanera a su maestro Alfaro, de quien se decía que se había acabado tres ataúdes en vida porque dormía en ellos y que usaba anteojos de lentes verdes para que la imagen del mundo apareciera opaca y descolorida.²⁹ Al

²⁶ Francisco de la Maza, *San Miguel de Allende: su historia, sus monumentos*, prólogo de Manuel Toussaint, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1995, p. 43.

²⁷ Juan Benito Díaz de Gamarra, *op. cit.*, nota de la página 95.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ David Brading, *op. cit.*, p. 14.



mismo tiempo convive con los libros más modernos de filosofía y teología, los que leía lo mismo en francés que en latín. Lo mismo escribía la vida de una religiosa que los complicados libros de filosofía, o una expresión del momento representado en un individuo que refleja la preocupación de lo religioso y lo científico, del interés por el mundo sobrenatural y por el mundo material; Gamarra es un producto típico de la Ilustración novohispana.